

Mi historia

Capítulo 1

Todo empezó cuando tan solo tenía 4 años. Los pocos recuerdos que tengo son de mis papás. Vivían en una casa muy grande en el campo. Por el frente pasaba un río claro de abundante agua y rocas. Peleaban constantemente por todo. Mi padre, el señor Arturo de Jesús, agredía a mi madre enfrente de mis hermanas y yo. Estábamos muy chiquitas. Kelly, de brazos aún, Deisy de dos años, y yo, Erica de cuatro años. Mis padres se decían palabras muy fuertes y se trataban de lo peor. De la nada, mi padre golpeaba a mi madre.

Me acuerdo que en una de sus peleas, mi madre le cortó el dedo pulgar a mi padre y le salió mucha sangre. Yo del corredor le decía: Papi, Papi.. sangre. Él reaccionó y le dio un golpe a mi madre con una esterilla de guadua en las costillas, de inmediato cayó al suelo desmayada. Yo me puse en llanto, pensé en ese momento que estaba muerta. Al cabo de un rato, mi madre despierta llena de horror en sus ojos, yo la miraba llena de colorados en su cuerpo y su cara llena de moretones. Su corto cabello despelucado y lleno de basura del patio. Mi padre, sentado a los pies de la cama haciendo mala cara y sudoroso, nos miraba a Deisy y a mí. Yo al menos en esos tiempos no entendía qué pasaba. Mi madre lloraba sin consuelo alguno.

Mi padre le decía que ella era una mala madre porque la casa siempre estaba en desorden por todos lados. Muchas veces nosotras en horas de la tarde, con el mismo pañal de la noche anterior, todas quemadas, oliendo mal, sin ropa. Mi madre no lavaba la ropa; la metía en jabón en un balde y cuando la iba a lavar, ya estaba podrida y oliendo mal.

Ella nos dejaba aguantar hambre y frío. Él muchas veces nos dejaba comida hecha para mis hermanas y yo, incluida mi madre. Los fines de semana, se iba al río con nosotras y nos lavaba la ropa. Luego nos bañaba. Recuerdo que nos enjabonaba las partes íntimas con un trapito para no tocarnos. Al llegar a casa, nos ponía ropa limpia y nos daba de comer. Mi madre se la pasaba dibujando en cuadernos.

Mi padre, cuando estaba de buen humor, se ponía a organizar la casa y la cocina. Tomaba a mi madre de la mano y le decía que así debía de mantener todo... y a nosotras organizadas. El día que no estaba de buen humor, estaba organizando y diciendo groserías. Miles de palabras para ofender a mi madre. Ella solo lloraba, o en ocasiones le contestaba y empezaban a pelear y agredirse. Él le daba fuertes cachetadas, tan fuertes que se le ponían los ojitos morados, o muchas veces le rompía la nariz, los labios, etc. La verdad, de los cuatro años no tengo recuerdos muy bonitos, solamente que tenía un perrito que se llamaba Lucas, era raza Pitbull. Me cuidaba mucho. También teníamos un gato angora.

Recuerdo que mi madre no me quería igual que a mis hermanas. En ocasiones me decía que yo me parecía a mi padre. Me sentí sin amor de ella.

A mis 5 años, mis padres se separan y mi madre nos lleva a vivir con ella donde mi abuela Libia. Mi abuela vivía en un cambuche. Dormíamos en unos planchones; en la parte de arriba los adultos, y en la de abajo, mis hermanas, mis tíos chiquitos y yo. Recuerdo que casi todos nos orinábamos en la cama y durábamos días con esa misma ropa. Andábamos descalzos por los cafetales y potreros buscando frutas, plátanos, aguacates, entre otras cosas para comer. Aguantábamos mucha hambre. Estábamos en total abandono porque mi madre se iba a coger café con los amores y no se acordaba que tenía hijas.

Parecíamos de la calle, teníamos una apariencia desagradable. Para calmar el hambre, comíamos Bienestarina seca o con agua.

Recuerdo que un día, mis hermanas tenían mucha hambre. La más chiquita no paraba de llorar. Mi abuela no nos daba importancia. Yo del desespero, me metí a la cocina de una prima que vivía en la hacienda y le robé frijoles hechos de la olla para mis hermanas y yo. Para colmo de males, ella me vió. Y en la tarde que llegó mi madre del trabajo, le dijo. Ella de inmediato tomó un alambre de luz y me tomó de una mano y me golpeó con él por haber robado esos frijoles. Tan fuerte, que aún tengo cicatriz en mis piernas. Cada vez que la veo, recuerdo ese día. Deisy secaba mis lágrimas y soplabá mis verdugones de sangre.

Mi padre, al enterarse de que estábamos aguantando hambre empezó a enviar el mercado para nosotras; La carne, los huevos, todo. Cuando ese mercado llegaba a la casa de mi abuela, todos decían que la carne, los huevos y lo más bueno era para los que trabajaban. A nosotras no nos daban casi nada porque eran demasiados, ese mercado no duraba ni dos días. Los fines de semana que salía mi madre, al volver, no nos traía nada. Llegaba tomada y acompañada de un hombre.

Los días felices de nosotras, eran cuando un primo, - que tenía un hermoso cultivo - nos daba y todos nos comíamos esos tomates así crudos con aguacate. Así calmábamos el hambre.

El papá de nosotras empezó a ir los fines de semana. Nos llevaba Bonyures, frutas y dulces. Nos cargaba así; todas orinadas y sucias. Compartíamos con nuestros tíos chiquitos cuando mi padre se sentaba con nosotras a platicar. Siempre que se acercaban las primas y los primos de mi mamá, le decían a mi padre que los llevara con él, que mi madre no los cuidaba. Y a mi me decían que mi madre me aborrecía porque me parecía a él, y que a Deisy, le decía getimorada porque se parecía a mi abuela Miriam.

Mi padre dijo que vendría más seguido a ver cómo pasábamos nosotras en semana. Se despidió y se marchó.

Esa semana, Kelly la menor se enfermó de gripa y ardía de fiebre. La mañana en que amaneció así, le dije a mi madre con voz temerosa que se quedara, que mi hermana estaba muy enferma. A ella no le importó ver a Kelly con esa fiebre y llorando... se fue a trabajar y nos dejó. Yo me senté en una esquina a llorar y Deisy la del medio se sentó a mi lado. Una de las primas de mi madre, al vernos llorar, llamó a mi padre para que viniera por nosotras y nos llevara a la farmacia por medicamentos.

Al cabo de un rato llegó mi padre. Yo lloré más fuerte y le dije que ayudara a mi hermanita. La tomó en sus brazos. Hervía en fiebre. Todas tres olíamos mal porque estábamos orinadas. Mi abuela le dijo que esperara, que nos iba a bañar y que le iba a avisar a mi mamá.. El dijo que no, que nos llevaría así y salió con nosotras a pie para el pueblo que se llama Betania. Antes de llegar, se sentó con nosotras, nos dio yogurt con buñuelo y mi hermanita de fiebre vomitó. Seguimos para el pueblo y mi papá fue con Kelly a la farmacia de Don Nicolás. Le mandó un viaje de droga a mi hermanita y le dio a tomar medicamentos. Luego, nos llevó a comprar vestidos de los mismos para las tres y con moños de los mismos, zapatos y ropa interior.

Nuestro padre en ese entonces vivía con Gladys, su esposa. - La única mujer a la que nunca agredió en ningún sentido-. Nos llevó a su casa y ella de inmediato nos bañó y nos puso la ropa que nuestro padre nos había comprado. Luego nos dio de comer. A mi hermanita con los medicamentos, se le bajó la fiebre y ya tenía un semblante de ánimo.

Pasaron los días y nuestra madre no se apareció. Gladys, - como yo era la de 5 años -, me ponía a barrer y a trapear. Francamente, yo lo hacía mal y ella me ponía a hacerlo de nuevo. Yo de desobediente le zapateaba y le decía que no sabía hacerlo. Ya cuando llegaba nuestro papá me hacía cascar de él; me daba con los ramales de una cubierta y me dejaba las marcas. Siendo sincera, eso era un tiro de cada tarde. La verdad, le cogí rabia a la esposa de él.

Ella tenía dos hijos, la convivencia con ellos era buena. Nosotras nos orinábamos casi siempre todas las noches en la cama. Gladys nos hacía castigar. En una de esas pelias que nuestro padre nos dio; a Deisy le descompuso un brazo, fue horrible. No paraba de llorar. Yo era más llorona al ver a mi hermanita así.

Bueno, se llegó diciembre y el 24 el papá de nosotras nos sacó con Gladys y sus hijos. Cuando estábamos en el parque, vimos a nuestra madre. Nos vió bien vestidas, peinadas y gorditas. Mi padre de una nos trajo para la casa. No quería que después de tanto tiempo ella se nos acercara. Al cabo de un rato, estábamos sentadas Deisy y yo en el muro, cuando llegó la policía con mi madre. Nosotras nos quedamos ahí sin entender qué pasaba. Los policías se acercaron a la casa y se pusieron a hablar con mi padre. Le dijeron que por qué no dejaba que mi madre nos viera o se nos acercara. Él les explicó lo sucedido: era porque habían pasado más de dos meses y mi madre jamás se le había acercado a preguntar por nosotras. El policía le dice que fuera como fuera, ella era nuestra madre y que tenía derecho de vernos. Mi padre no dijo más y nos dejó que saliéramos. Ella lloró. Nos pedía perdón y nos decía que quería estar con nosotras. Al rato, le trajeron a Kelly que estaba dormida. La verdad todas nos alegramos de ver a mi madre a pesar de todo. El caso es que no sé qué pasó, y a la semana siguiente se suponía que mi madre bajaría por nosotras para llevarnos a vivir con ella.

Pasaron los días y no vino por nosotras. Mi padre empacó nuestras cosas y nos llevó a la casa de ella, nos dejó allá y se marchó. Antes de irse, me dijo que estaría al pendiente de mí, porque sabía que mi madre no me quería y que siempre era la de menos. Yo me quedé llorando.

Días después, mi madre se comprometió con un señor llamado José, de Pitalito Huila. Él estaba por mi casa cogiendo la cosecha de café. Mi madre empezó bien, cuidándonos. De repente se descuidó de nuevo y otra vez entré en desesperación. Recuerdo que me iba a recoger los huevos de las gallinas de la señora del lado y por eso me daba comida y plátanos asados. Yo le daba a mis hermanas y le guardaba a mi madre.

A los días, mi madre planeó irse para el Huila con el señor que se había comprometido. Lo que más me dolió, es que sus primas me decían que no me iba a llevar porque me detestaba y porque me parecía a mi papá. Yo tan chiquita no entendía eso. El domingo que mi madre se iba, me empacó, en una bolsa rayada de cargaderas, dos mudas de ropa toda curtida. Me sentó en una silla y se marchó sin decir nada. Yo me quedé llorando a todo pulmón. Porque entendí, a mi corta edad, que me estaba abandonando. Recuerdo que la señora del lado me dio un huevo cocinado para que me calmara y me dijo que yo era fuerte.

De inmediato, la prima Sor llamó a mi padre y le dijo que mi madre me había dejado. - ese día, se fue del todo del pueblo con mis hermanas -. No sé mi padre que respondió. Al cabo de un rato, llegó por mí en una bicicleta. Me dio alegría... pero yo quería estar con mi madre.

Me llevó para donde mi abuela Miriam, su madre. Ella me recibió bien. Mi padre se marchó a buscar a mis hermanas y a mi madre. Pasaron horas y al regresar, me dijo que ya se iban a ir del todo. La verdad no entendía, pensé, y tenía la esperanza que se habían ido de paseo y que luego vendrían por mí. Mi padre al cabo de un rato se acerca y me dice fríamente, :- (tu madre se fue para siempre con tus hermanas, no te quiere y nunca lo hizo. Siempre fuiste un estorbo, por eso te dejó.

Yo me puse a llorar sin parar. Le dije a mi padre que por qué ella era así conmigo, qué por qué me odiaba. Él me miró llorando y me dijo que eso ya no importaba, que él y mi abuela Miriam iban a cuidar de mí.. y me dijo que odiara a mi madre, que ella nunca había sido buena. Que hiciera de cuenta, que ya había muerto. Me dijo que estaría viniendo seguido donde mí y se fue para su casa.

Mi abuela vivía en el pueblo con mis tres tíos: Polo, Cristian y Trinidad. También con Socorro, una señora que vivía con ella. Pasaron los días y la verdad, no vivía tan bueno con mi abuela Miriam porque me pegaba mucho. Cuando iba a comer y no quería más, me obligaba y me pegaba con la cuchara en los labios hasta romperlos. En las mañanas me despertaba con una cocada de agua fría y me metía al baño a ducharme. Si no me movía, me pegaba fuerte y me decía palabras fuertes.

En esos días nos mudamos a una pequeña finca a 5 minutos del pueblo. Recuerdo que en mi habitación dormían mi abuela y mi tío Cristian. Él me decía que yo era la sobrina de sus ojos y que siempre me iba a cuidar. Yo quería a mi tío, pero a la vez me daba miedo, porque me mostraba el pene y se tocaba. A los días, empezó a pasarse para mi cama cuando mi abuela se levantaba, y metía sus manos en mi vagina. Yo del miedo me orinaba para que no me tocara. Él, al sentir que yo estaba orinada se marchaba. Mi abuela cuando iba a despertarme me sentía orinada, me paraba del pelo y me arrastraba hacia el baño y me daba una pela... fuera con los ramales, correa de cuero o una rama verbena. Me dejaba llena de verdugones, y en momentos, llena de sangre. Luego, me hacía baños y me daba el desayuno.

Mi padre, a los días se vino a vivir también con mi abuela porque se separó Gladys. Ahí mi vida empezó a ser más dura, Cada que yo me orinaba, ya era él quien me pegaba horrible.

No supe más de mis hermanas ni de mi madre. En las noches lloraba sin que me vieran; quería a mi madre y a mis hermanas. Pero siempre recordaba que no me quería y más lloraba.

Pasaron los días y mi padre se fue a vivir con Catalina, ella era de bar. Al principio se veía una buena mujer, cariñosa y atenta. Mi papá me llevó a vivir con ellos. Los primeros días y meses, todo perfecto, todo muy tranquilo. Pero luego, mi papá le empezó a pegar muy feo, y como el cuento, se enmozó otra vez con Gladys. Catalina y él ya vivían demasiado maluco. Entonces le dije a mi padre que si me dejaba ir a pasear donde mi abuela que estaba viviendo en la vereda El Pedral en Betania. - La finca quedaba al otro lado del río -. Y me fuí porque mi padre me dejó.

A pesar de que mi abuela era tan tirana conmigo, la adoraba. Ella, en ese entonces estaba viviendo con un señor que no recuerdo el nombre. Mi tía Trinidad, Polo y Cristian vivían también con ella. Resulta, que la casa era extremadamente grande. Un día yo estaba jugando en el corredor trasero y el esposo de mi abuela me dijo que fuera con él al otro extremo del corredor, que me iba a dar algo muy lindo y bueno. Yo de inocente le dije que sí. En el extremo de ese corredor había una mesa de tablas viejas. Él me sentó ahí y me bajó los pantalones a las malas. Me dijo que si gritaba, mi abuela me pegaría muy fuerte y que no podría visitarla más. Sin embargo, yo le decía que no. Él se bajó los pantalones y me hizo ver el pene. Me decía que eso era muy rico. Empecé a patalear y en medio del forcejeo logré escapar. Llegué donde mi abuela y me dijo que porque estaba llorando. Yo sólo le respondí; que me había caído, que eso era todo. En ese entonces yo tenía 6 años

Precisamente esa misma semana, mi abuela me dijo que fuera con mi tía Trinidad al portillo del potrero, a tirarle cáscaras a las mulas. Y yo claro de una, fui con mi tía. Cuando terminamos, ella observó alrededor, y al ver que estábamos solas, me besó los labios, me bajó los pantalones y se bajó los suyos, y me cargó sobando su vagina con la mía. Yo le decía que qué hacía, que no quería. Ella no le dio

importancia y continuó. Me quedé como pasmada y me puse a llorar. Solo pensaba que era una niña mala y por eso ellos me hacían eso. Desde ese momento solo pensaba en morirme, era la única salida que veía. No le conté a nadie en ese entonces lo que pensaba, porque sentía miedo. Tanto, que me costaba dormir.

Cumplí los 7 años. Recuerdo que un día mi padre estaba muy enfermo de paperas. Mi madrastra Catalina y yo, nos encargábamos de lavar café, secarlo y empacarlo, entre otras cosas. Todo iba bien, mi padre - a pesar de pegarme tanto e insultarme de perra para arriba -, tenía momentos en los que me decía que me quería. Para mí era suficiente eso. Yo le decía que lo amaba, y que gracias por no haberme abandonado como mi madre. Me dijo, que sí mi mamá volvía; que no le hablara, y que le dijera que la odiaba. Me quedé mirándolo... sentía un dolor en mi corazón. En mis pensamientos yo quería a mi madre, a pesar de no saber nada. Mi sueño era verla para que me explicara por qué me había dejado siendo una niña inocente, con sueños y con ganas de recibir amor de ella.

Pasó ese año y no supe nada de mi madre. Todas las noches le pedía a Dios por ella y mis hermanas. Siempre le decía que me amara y que me perdonara por parecerme físicamente a mi padre.

El 13 de noviembre del 2009 cumplí 8 años. Ese día mi deseo era ver a mi madre. En ese entonces, mi padre, mi madrastra Catalina y yo, nos fuimos a vivir a una Vereda de Betania llamada Bellavista. Mi abuela se fue con nosotros y se puso a enseñarme las vocales. Yo jamás en la vida había visto las vocales y la verdad es que para mí era muy difícil aprenderlas; cada que las decía mal, mi abuela me reventaba la boca y me decía palabras muy ofensivas. Mi padre se le enojó. Cosa que hizo, que ella tomara la decisión de remontarse en los cafetales. No comía nada, y me decía que eso era por mi culpa. Yo la verdad, me sentía culpable de eso. A los días, mi abuela dejó la bobada y se entró a la casa normal y me pidió disculpas. Al fin de semana, se fue.

Al lunes, me entraron a estudiar. Yo feliz, aunque no sabía absolutamente nada. Me entraron a Primero. Para llegar a la escuela tenía que caminar casi 3 horas. Muy lejos y muy sola la carretera. Siempre me iba con dos hermanos gemelos que vivían a 20 minutos de donde yo vivía. Pero a pesar de la distancia yo era feliz en la escuela, quería aprender.

A los dos meses me sacaron de la escuela. Nos mudamos a Caldas, al barrio San Andrés. Allí, viviría con mi padre, Catalina, mi hermanastra de 12 años, mi abuela y mi tío Cristian. Recuerdo que en ese apartamento vivíamos muy estrechos. En esos días, ni mi abuela ni mi padre me pegaban.

Un día, mi padre golpeó muy feo a mi madrastra. No sé porqué lo hizo. El caso es que Catalina le dijo que lo dejaría y se marcharía para su casa en Zamora Santa Rita. En medio del desespero, porque ella lo dejaría, le hizo un juramento ante Dios; si él, le volvía a pegar, que Dios me quitara la vida.

Pasaron más o menos dos semanas y él la golpeó de nuevo.

Al día siguiente, Catalina, mi padre y yo, fuimos a Caldas a comprar unas cosas. Cuando subíamos cerca de la casa, - más o menos a 2 minutos -, bajaba un chico en una moto y por poquito me pisa. Me asusté mucho. Mi padre me dijo; malparida! si la pisa esa moto, yo la paro del suelo a golpes por bobal. Yo me aterró, la verdad, le tenía mucho miedo.

Yo iba por mi vía, ya casi llegando a casa. Cuando menos lo esperé, - el chico que había bajado - , subía en contravía.. los dos nos asustamos. Yo me orillé y él también... y de una me levanto con la moto. Yo caí más allá y me cayó la moto encima junto con el muchacho. El freno de la moto, me partió la clavícula

izquierda y una de las llantas quebró mi tobillo. Me raspé muchas partes de mi cuerpo. Cada vez que miro mis cicatrices, recuerdo ese día.

El chico paró la moto y se marchó. Yo en el suelo a los gritos del dolor y el miedo de que mi padre me parara a golpes como había dicho. Él de inmediato me cargó y me llevó a casa y me acostó en la cama de mi abuela. Yo no paraba de llorar. Al cabo de unos segundos, llegó el papá del muchacho que me había atropellado. Dijo que no embalaran al hijo, que él cubriría todos los gastos y estaría al pendiente de todo.

Mi padre me cargó hasta el auto del señor y me llevaron al hospital más cercano. Estando allá, llegó la policía y el tránsito, y empezaron a hacer preguntas. Mi padre les respondía.

Cuando estaba en la camilla llegó una enfermera a inyectarme medicamento para el dolor. Me torturó mucho. No encontraba mis venas de la mano izquierda. Al rato me quedé dormida. Cuando desperté, tenía mi pie izquierdo enyesado y mi mano estaba en un taleguito, por así llamarlo. El dolor era impresionante. El caso es que me dieron de alta y me llevaron a casa.

Casi todo el tiempo lloraba, me dolía demasiado. Mi padre empezó a alegar, que porque yo era muy cobarde. Me decía que ya estaba aburrido conmigo, que por floja. Ya la verdad me daba miedo hasta llorar. Me decía cosas muy feas.

El papá del muchacho que me atropelló, siempre estaba pendiente de mis citas médicas. Me llevaba y me daba de comer como si fuera su hija. Decía que era muy fuerte, que siempre quiso tener una hija como yo. Esas palabras me hicieron tan feliz.

Al pasar los meses, me recuperé de la clavícula y no me dolía tanto. El pie si estaba más tardado. Un día llegó mi padre del trabajo y dijo estas palabras mirándome a los ojos: usted es una cobarde. Si no camina esta semana, le voy a meter una pela que se queda acordando. Yo me puse a llorar del miedo. Puse todo mi esfuerzo, - caminé esa semana con tanto dolor -, a todos les decía que no me dolía para que mi padre no me fuera a pegar. El médico, - como yo le decía que no me dolía -, me quitó el yeso, y le dijo a mi padre que estaba bien. En realidad, me dolía demasiado. Lo soportaba por temor a mi padre.

A la semana siguiente nos venimos del todo para Betania, a la casa de mi tía Trinidad. Mi padre y Catalina se iban a coger café en una finca cercana. Yo me quedaba peleando con mi hermanastra. Ella me decía que jugaríamos a las novias y yo le decía que cómo era ese juego. Me respondió que nos teníamos que besar y que ella besaría mi vagina. Yo de inmediato le dije que no, y nos pusimos a pelear. Recuerdo que en una de esas peleas le arañé la cara y ella le dijo a nuestros papás que había sido un accidente.

Al pasar los días, ella se fue para Medellín a vivir con la abuela, - o sea la mamá de Catalina -. Mi padre volvió a cuadrar con el dueño de la finca de Bellavista y nos volvimos a vivir allá. Todo iba muy bien, incluso me entraron a estudiar de nuevo en la misma escuela y en el mismo grado. Yo salía a las 12:30 más o menos, y a las 2 pasadas llegaba a la casa. Siempre llegaba a picar los plátanos para los frijoles de la cena, y a organizar la cocina, ya que Catalina me ponía a lavar los trastes de los trabajadores. Ya cuando terminaba, podía realizar mis tareas de la escuela. Por la noche, estaba pendiente de los chiqueros de los marranos que tenía mi padre.

No pasó mucho, y mi padre se enmozó con Amanda. Una señora que trabajaba ahí en la finca con su esposo. Resulta que a los meses Catalina se enteró y se marchó.

Desafortunadamente yo me quedé sola en casa con mi padre y 12 trabajadores. Afortunadamente yo sabía cocinar porque mi abuela Miriam me había enseñado. Mi padre me dijo que a mí me quedaba la obligación de todo lo de la casa, más los trabajadores. La verdad me dio susto. Yo apenas con 8 años, tan chiquita y flaquita.. pero bueno, yo dije que estaba bien, que yo me esforzaría para mantener todo en orden. Que no se preocupara, que yo era capaz. Me puso triste que debía dejar la escuela otra vez.

Recuerdo que pasaron como dos días y mi papá cambió de actitud. Era más confianzudo de lo normal. Esa semana fue muy larga. Terminaba muy cansada y era muy chiquita para tanta cosa. Por ejemplo, me tocaba hacer un gran esfuerzo para montar las ollas al fogón, era muy alto para mí. Bueno, el caso es que los trabajadores estaban satisfechos con lo que les cocinaba. El patrón estaba muy contento porque yo mantenía todo más limpio y bonito que Catalina. Todos estaban sorprendidos, porque a pesar de ser tan chiquita, era muy berraca para la cocina y la casa.

A la semana siguiente empezó mi infierno. La noche de un martes del 2009, - más o menos a las 9:30 pm -, estaba en mi cama tratando de dormir. Al otro día tenía que levantarme a las 3 de la mañana para despachar a los trabajadores que iban para la otra finca. Recuerdo que tenía una pijama de capri que me había regalado mi abuela en el cumpleaños pasado. De momento, sentí que mi padre se sentó en la parte de abajo de mi cama. Ví que era él. Con el reflejo de la luz de afuera se podía ver. Estaba sin camisa y en boxer. Empezó a sobar mis pies. Yo le hablé y le dije: papi qué estás haciendo!. Él sonrío y me dijo que los papás podían hacer eso y trató de besarme. Yo me asusté y le dije que no. De inmediato me tomó a la fuerza y bajó mi pijama junto con mis calzones. Yo me puse a llorar. Empezó a besar mi vagina, a meter su asquerosa lengua por todas partes :-(. En ese momento mi vida se fue al suelo... solo pensé en morir. Le supliqué que por favor no me lastimara más. No le importaba lo que yo le decía. Lo hacía, y me decía que a mí me gustaba lo que me hacía. Luego me sobaba su pene en mi vagina. Me la llenó de esa baba que expulsa. Él intentó meterlo en mí, pero yo en la movención y el forcejeo no lo dejé. En medio de eso, yo no respiraba bien y él paró. Como si nada, me dijo que lo perdonara y se fue a su habitación.

Yo me sentía morir. El hombre al que admiraba tanto y al que le decía que amaba, me había lastimado de la peor manera.

No dormí nada del miedo. A las 3 am me paré a la cocina. A los 5 minutos llegó y me dijo que dejara de llorar, que no era para tanto. Que los papás hacían eso con los hijos para que fueran más fuertes. Yo solo lloré y le dije que me dejara sola. Él se marchó.

A las 6 am todos los trabajadores se fueron con ese papá mío para la otra finca. Apenas me vi sola, me puse a llorar más sin parar. Me preguntaba por qué siempre, todos me hacían daño. Lo peor, es que me decía yo misma que era porque mi madre me había abandonado. Siempre pensé que era una mala hija y por eso me pasaban cosas malas.

Transcurrió la mañana y a las 11:20 llegó mi padre por el almuerzo. No me cruzó palabra y yo tampoco. Yo lo miraba con tristeza y desprecio, con tanta desilusión... pero él no le daba importancia alguna y me miraba súper feo. Tanto, que me daba terror. La noche de ese día no me hizo nada. La verdad pensé que no me haría más daño, pero qué equivocada estaba.

Continuará :-(

[Erica Yojana Sanchez Agudelo](#)

Escrito en Medellín Antioquia, en la Cárcel el Pedregal en San Cristóbal. 2023

